



REVISTA DIGITAL DE NARRATIVAS DE LA ESCUELA



Fotografías:

© Archivo Fotográfico

**LELE Círculo Literario de Maestr@s
Oaxaqueños**

Comité Editorial:

Rigoberto González Nicolás

Elsie Rockwell Richmond

María Teresa Andruetto

Mercedes Calvo Astiazarán

Fidel Garrido Martínez

Blanca Imelda Castro Martínez

Heriberta Sandoval Amaro

Jorge Arturo Borja

Diseño de portada e interiores:

Animal Poético: Emanuel Fabián Hernández

***Recreo. Revista Digital de Narrativas de la
Escuela***

Es una publicación de LELE Círculo Literario
de Maestr@s Oaxaqueños

Sus autores son profesores de educación básica
que comparten las historias de los personajes
y acontecimientos de la escuela.

Deseamos que los maestros lectores de Recreo...
sean también escritores de nuevas historias.

Recibiremos sus colaboraciones a los correos:

**lele.circuloliterario@gmail.com
gonzanic33@gmail.com**

ISSN: en trámite

Hecho en México

En la elaboración de *Recreo*.

*Revista Digital de Narrativas de la Escuela, no se
usó la IA.*



ÍNDICE

4 PRESENTACIÓN

Profra. Ana García Bergua

5 ¿QUIÉN FUE?

Profr. Guillermo Contreras Esquivel

9 LAS GEOMETRÍAS DEL SILENCIO

Profr. Luis Alfonso Ortiz Lavariega

11 HORA DE LEER

Profra. Mercedes Calvo Astiazarán

14 LA CARTA

Profra. Patricia Rocío Reyes González

17 LA TAREA

Profra. Teresita del Niño Jesús Sánchez Arizmendi





Presentación

Por Ana García Bergua¹

El misterioso olor a marihuana en un baño; la intuición prodigiosa de un niño con limitaciones de lenguaje para expresar a su manera su comprensión profunda de las matemáticas y la geometría; la anciana que no sabe leer, pero finge leer historias maravillosas a los niños de su propia invención; el entramado que desata la carta de una maestra a un periódico de circulación nacional, en la que expresa la necesidad de los libros de texto gratuitos en el aula y, la “tarea” con todas sus implicaciones para cada niño en contextos familiares difíciles, a veces precarios. Estas son las historias que se tejen en el Número 2 de *Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela*.

Esas historias, escritas por los maestros en el taller que tuve el privilegio y el gusto enorme de coordinar, gracias a la iniciativa y la labor incansable del maestro Rigoberto González, dan cuenta de las distintas situaciones a las que se enfrentan sus autores; algunas de ellas difíciles, en las que es necesario encontrar soluciones y métodos para encarar situaciones inusitadas; otras que revelan las maravillas que se encuentran en el mundo de la enseñanza: niños que suplen sus carencias con habilidades e imaginación extraordinarias. Estas historias con las que conviven niños y maestros día a día se nos revelan con un estilo directo, sencillo y expresivo, gracias al trabajo de sus autores, a los que no puedo menos que felicitar, y a *Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela*, por publicarlos.

¹ Ana García Bergua (CdMx, 1960). Es ensayista, cronista y escritora. Estudió letras francesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus cuentos se encuentran en diversas antologías y colecciones en español, inglés, alemán, francés y esloveno. En 2025 es ganadora del Premio Bellas Artes de Literatura Inés Arredondo, por su gran aportación a las letras mexicanas.

La maestra Anita, impartió a distancia, a lo largo de 4 meses del año 2025, el Taller de escritura “Las narrativas de la escuela”, dirigido a profesores de educación básica, convocados por nuestra Red LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños. Producto de ese taller, publicamos los primeros relatos salidos de ese taller.

¿QUIÉN FUE?

Profr. Guillermo Contreras Esquivel
Escuela Telesecundaria
San Lorenzo Albarradas, Oaxaca

He trabajado por más de tres décadas en escuelas telesecundarias ubicadas en las escarpadas montañas oaxaqueñas. Cuando a los chicos y a las chicas de secundaria les ofrecemos nuevas propuestas para acercarse a la literatura, es seguro que manifiesten su disposición para navegar entre lecturas y escrituras. Por eso creo en la trascendencia que tenemos los docentes en las comunidades rurales: abrimos otros horizontes para nuestros alumnos.

Estoy en el salón de clases. Reviso el cuaderno de matemáticas de uno de mis estudiantes, de repente llega la directora, ella se detiene en el quicio de la puerta y me pide que salga un momento.

Su cara expresa preocupación, nerviosismo, tensión. El maestro Darío la acompaña. La directora nos llama a un espacio a donde no oigan los demás chicos, y nos dice: “quiero que vayamos un momento al baño de los hombres, hay un olor muy fuerte ahí”. Vamos hacia los baños. Camino junto a ellos, todos muy pensativos. ¿Qué será? Al llegar a los baños noto que hay un olor muy fuerte, invasivo, penetrante, huele a...mariguana.

Directora: ¿Es mariguana verdad?

Profe Renato: (quien se nos unió a mitad del patio) Sí, huele a petate de muerto.

Profe Darío: ¡Es mariguana!

Los tres maestros intercambiamos miradas de preocupación. El profe Renato pregunta: “¿Quién vino al baño?”.

Directora: Parece que fue Cirilo, Chiquilín y Oscar.

Profe Darío (dirigiéndose a la directora): Hay que llamar a los demás maestros y al personal para ver qué vamos a hacer. ¿Ya le avisó usted a la maestra de ese grupo?

Directora: Apenas le voy a comunicar.

En minutos, casi todo el personal se ha reunido en la dirección de la escuela.

Profe Renato: Opino que hay que llamar a la dirección a todos los que fueron al baño esta mañana.

Profe Darío: No, porque es muy pequeño el espacio de la dirección.

Profe Renato (dirigiéndose a la directora): ¿Llamó al presidente del Comité?

Directora: Ya le marqué, pero no me responde.

Llegan las demás maestras, el profe Renato les explica la situación.

Profe Darío: Hay que llamar a los últimos que fueron al baño y que lleven su mochila a la biblioteca y hacemos operación mochila, ahí deben estar las evidencias. (La operación mochila consiste en que el comité revise las mochilas de los jóvenes, cuando lo cree necesario).

Profe Renato: Que llamen a la vocal que está de guardia, para que también esté informado el comité.

Estamos afuera de la dirección, llegan los otros integrantes del centro de trabajo, tres maestras más, el intendente y la secretaria, todos a la expectativa de lo que les pida la directora. Regresamos a los baños, sigue el olor a quemado.

Profa Ernestina: La verdad yo no conozco la mariguana, no la he oído.

Directora: Por favor secretaria, vaya al salón de los tres chicos y tráigalos.

Luego le indica al auxiliar de intendencia que llame a la señora Toña, integrante del comité, que este día cubre la guardia (las vocales del comité se rolan cada día para apoyar en la limpieza de la escuela, el cuidado de las jardineras y el riego de las hortalizas).

Los tres chicos llegan con sus mochilas a la biblioteca, se sientan en el patíbulo, digo, en las sillas que ya se habían colocado para ellos. Las y los docentes estamos frente a ellos, todos de pie, mirándolos y mirándonos.

Directora (con voz pausada): Miren muchachos, creo que ya saben por qué los llamamos, en el baño hay un fuerte olor y, ustedes ya saben qué es, no creo que no lo sepan, es mariguana. Y lo que hicieron es muy grave.

Esto no es un juego, ¿Qué estaban pensando al traer eso? Esto que acaban de hacer, está muy penado. Le vamos a informar a sus papás y a las autoridades municipales, al presidente del comité y a la regidora de educación. Miren en qué complicaciones nos meten y, para acabarla de amolar en un ratito habrá reunión de madres de familia. No muchachos, de verdad que 'ora' sí se volaron la barda. Entonces nos van a decir quién trajo la mariguana. ¿Fueron los tres? ¿Los tres se pusieron de acuerdo? (Alzando la voz) ¡Y luego en el baño!

Los chicos permanecen cabizbajos, no dicen nada. Toma la palabra la maestra Mari, maestra de los tres alumnos.

Profe Mari: Queremos saber, díganos, ¿por qué la trajeron? Si ustedes tienen algún problema personal, díganlo, si tienen algún problema en su casa, con su mamá o su papá, díganlo para que les ayudemos, los orientemos o... ¿con quién tienen confianza? Acérquense con el maestro Renato o con la maestra Ernestina o con quien tengan confianza.

Díganle, "profe, tengo el siguiente problema, ¿me podría escuchar?, ¿me podría ayudar?". O vayan con su mamá, su tío, su papá o algún familiar, pero no se vayan por la puerta falsa. Yo también tengo un hijo de su edad y siempre estoy platicando con él, para que no se meta en esto de las drogas, porque una vez que alguien se mete, es difícil que salga.

Chiquilín: (Así lo nombran en la escuela por su estatura, es el primero en hablar, con seguridad se dirige a todos) Yo pedí permiso a la maestra para salir al baño, cuando llegué, ahí ya estaban Cirilo y Oscar, hice del baño y me salí, yo no tengo nada que ver, déjenme ir mi salón.

Oscar: (Su tez morena se ilumina cuando habla frente a todos) Yo salí al baño, al llegar, ya estaba Cirilo, estuve platicando con él, pero yo no traje nada.

Cirilo: (Sale de su ensimismamiento, mira a la directora) Salí al baño, cuando llegué ya olía así, no supe quién llevó la mariguana, ni siquiera la conozco. Yo no fui.

Chiquilín: (Toma nuevamente la palabra) Ya me voy para mi salón. (Agrega en tono serio) No voy a dejar que revisen mi mochila. (Toma su mochila e intenta salirse).

Directora: No, no, no, Chiquilín, vamos a revisar tu mochila, todavía no te puedes retirar, vamos a revisar tu mochila.

Chiquilín: No maestra, ya le dije, que cuando yo llegué al baño, mis compañeros ya estaban.

Profe Renato: Sí, está bien, si tú no trajiste la mariguana, deja nada más que revisemos tu mochila, para descartar que tú no la trajiste. Las demás profesoras y la señora del comité observan, no pierden detalle de las actitudes y movimientos corporales de los jóvenes.

Directora: (En tono serio) Bueno, vamos a revisar sus mochilas, saquen todas las cosas que traigan.

Los chicos empiezan a vaciar sus pertenencias, caen al piso cuadernos doblados, pedazos de hojas, lápices, plumas, una que otra escuadra, gomas y fragmentos de lona con las que están hechas sus mochilas.

El profesor Darío se acerca a ellos, a cada uno le pide su mochila, las revisa, las sacude, las vuelve a sacudir, las voltea, escudriña cada uno de los pequeños compartimientos ante la mirada de todos. No encuentra lo que andaba buscando o mejor dicho, lo que andábamos buscando.

Directora: ¿Dónde la dejaron?
Silencio de los jóvenes.

Señora Toña: (Dirigiéndose a los niños y a la directora). Como no se les encontró nada, ya se pueden ir a su salón. Ellos no fueron.

Directora: ¿¡Cómo que se pueden ir a su salón!? No señora, no se pueden ir a su salón.

Señora Toña: Pues no se tienen las pruebas, así no se les puede acusar. Que se vayan a su salón, a lo mejor fueron otros alumnos y no está bien que se les acuse.

Directora: No señora, por el momento no se pueden ir a su salón, hasta que se aclare esta situación.

Ellos fueron los últimos en ir a los baños cuando empezó a salir ese olor. A ver sus manos, extiéndanlas. Los jóvenes extienden sus manos, la directora se acerca a ellos, huele por breves segundos sus manos. Los tres niños bajan sus manos, la directora no encuentra indicios.

Directora: (Dirigiéndose al maestro Darío) Como ya se las lavaron maestro, ¿me puede ayudar a olerles las manos por favor? (El profesor hace lo mismo).

El profe Darío tampoco encuentra evidencias; en el ambiente se escuchan murmullos entre el personal.

En ese momento entra el señor Juan, presidente del Comité de padres de familia.

Señor Juan: (Quitándose el sombrero) Buenos días directora, maestras, maestros.

Directora: Buenos días, señor Juan.

La directora le explica la situación por la que estamos todos en la biblioteca. Lo lleva al baño, donde todavía persiste el olor a marihuana. Al regresar, el señor Juan se dirige a los chicos.

Señor Juan: (Les habla con seriedad y en un tono enojado) Miren muchachos, ya pasé al baño y todavía huele a marihuana. La verdad es que a eso no vienen ustedes a la escuela. ¿A qué los mandan sus papás?, a que vengan aprender, a que sean mejores muchachos. Necesitamos que nos digan quién trajo la marihuana.

Los chicos se quedan viendo entre ellos y luego bajan sus cabezas.

La directora le comenta al señor Juan que ya revisaron sus mochilas.

Señor Juan: Bueno, como ya se revisaron sus mochilas, ahora les voy a revisar su ropa.

Todos nos quedamos a la expectativa, se hace un silencio que invade la biblioteca, observamos cómo el señor Juan se acerca a cada uno de ellos, hace que le muestren los bolsillos de sus pantalones, Oscar trae unas monedas, Chiquilín trae papel sanitario. Llega con Cirilo, no trae nada al frente del pantalón.

Señor Juan: A ver los bolsillos de atrás.

Cirilo: No traigo nada, ya le enseñé mis bolsillos.

El señor Juan no queda conforme con la respuesta de Cirilo, se acerca a él, entonces Cirilo saca del bolsillo de atrás una bolsita con unas semillas. Nos quedamos en silencio, viendo la actitud de Cirilo.

Señor Juan: ¿Y los cerillos?

Cirilo: Ya los aventé.

Señor Juan: ¿Ustedes también participaron en esto?

Cirilo: Chiquilín entró al baño, hizo sus necesidades y se salió. Él no participó.

Chiquilín: Sí, yo nomás entré a orinar y me salí.

Directora: (Dirigiéndose a Chiquilín) Recoge tus cosas y ve a tu salón.

Señor Juan: No pensé que tú fueras Cirilo, conozco a tus papás, son buenas personas, no sé si tengas problemas, a ti te conozco desde hace mucho tiempo, pero estás cometiendo un gran error. ¿Y tú Oscar? No tienes necesidad, eres buen deportista, te gusta el basquetbol. A ti también Cirilo, los he visto como juegan.



Directora: Oscar, ¿tú también participaste en esto?

Oscar: No maestra, yo no traje nada, cuando llegué al baño, Cirilo ya estaba y me dijo que si quería fumarla, le dije que no. Luego me dijo que le fumara tantito, que no iba a pasar nada. Entonces fue que la olí nada más, pero yo no traje nada.

Cirilo y Oscar fueron expulsados diez días, con la siguiente observación: tenían que reportarse cada tercer día con sus profes para entregar las tareas que dejaban. Se hablaría con sus padres para que fueran atendidos por un psicólogo, esa iba ser otra condición para respetar su estancia en la escuela. Y que no se le entregaría carta de buena conducta.

Cuando Cirilo regresó a clases, volvió apenado, le costaba socializar, poco a poco fue tomando confianza con sus compañeros, hubo comprensión de ellos, no se burlaron de él, ni tocaron el tema con morbosidad, comentaban que cualquiera podía caer en eso y podía equivocarse, pero sabían que él iba a salir adelante.

Cirilo se volvió más responsable, más participativo y menos relajista. Un día en que la maestra Mari estaba sola, se acercó a ella y le pidió perdón; la maestra le respondió que a quienes tenía que pedirle perdón era a sus padres y a sus abuelos, porque ellos lo querían mucho, además de que venía de una familia muy trabajadora.

Cirilo logró terminar la telesecundaria y se inscribió a la escuela de bachillerato donde le pidieron su carta de buena conducta. Al inicio del ciclo escolar se la entregó la nueva directora, pues la anterior se cambió de centro de trabajo. No sin antes haberse dado una gran discusión entre los docentes de la secundaria; unos decían que sí se le diera la carta de buena conducta, mientras que otros decían que no se le extendiera. De esta discusión entre compañeros maestros, solo quedó un agradable olor a esperanza.

LAS GEOMETRÍAS DEL SILENCIO

Profr. Luis Alfonso Ortiz Lavariega
Escuela Primaria Lázaro Cárdenas
4º A
Santo Domingo Xagacía, Villa Alta, Oaxaca

Soy maestro de educación primaria con apenas dos años de servicio. Soy músico lírico y apasionado de las letras. Concibo la escritura y la enseñanza como un compromiso político y humano: enseñar no es solo transmitir conocimientos, sino cultivar el pensamiento crítico y transformar realidades desde el arte del amor. Creo en una pedagogía que abraza la sensibilidad, que rompe los prejuicios. Así, cada palabra, cada nota musical en el aula es tierra fértil donde germinará la justicia y la libertad.

El salón de 4ºB siempre ha sido un ecosistema vibrante. Entre el eco de las sillas arrastrándose y el murmullo constante de catorce activos niños, la enseñanza de las matemáticas suele presentarse como un desafío de abstracción. Sin embargo, hay días en los que el pizarrón y los marcadores se vuelven insuficientes, y es necesario bajar el conocimiento a las manos. Esa semana, el reto era el volumen. Para un niño de diez años, comprender que el espacio puede medirse, no es sencillo, especialmente cuando conceptos como "arista", "vértice" y "cara" parecen palabras sacadas de un idioma extraño.

Decidí que dejaríamos de lado los dibujos planos del cuaderno. Sobre los pupitres aparecieron cajas de palitos mondadientes y coloridas barras de plastilina.

La consigna era clara: construiríamos la arquitectura de las matemáticas. Empezamos por lo simple, uniendo puntos para formar cuadrados y triángulos, para luego dar el salto al vacío y elevar esas figuras hacia la tercera dimensión, creando cubos, prismas triangulares y rectangulares.

En una de las filas de atrás del salón se encontraba Joel. Joel es un niño que suele habitar en los márgenes del ruido escolar. Sus dificultades con la lectoescritura lo han vuelto reservado; sabe que cuando intenta plasmar sus ideas en papel, las letras se le rebelan, y cuando intenta decirlas, su pronunciación, a veces confusa, levanta muros entre él y los otros. Los demás asumen que la lentitud de Joel para leer es también una lentitud para pensar. Pero ese día, las matemáticas decidieron hacer justicia.

Mientras algunos alumnos luchaban por equilibrar los palitos o se frustraban porque su plastilina estaba muy blanda, observé a Joel. Sus manos, que a veces tiemblan al sostener el lápiz, se movían con una seguridad asombrosa. Sin necesidad de leer un manual, Joel tomó cuatro bolitas de plastilina y cuatro mondadientes. Con una precisión casi arquitectónica, armó la base de un cubo.

Me acerqué a su lugar. No quería darle la respuesta, solo ser el andamio de su propio descubrimiento.

—Joel —le dije en voz baja—, ¿cómo se llaman esas esquinas de plastilina que sujetan todo?

Él me miró, sonrió con esa timidez que lo caracteriza y, haciendo un esfuerzo por articular, señaló la unión:

—Vél... tice —logró decir.

—Exacto, el vértice —confirmé con orgullo—. ¿Y estas líneas de madera que unen los vértices?

Él recorrió el palito con su dedo índice, sintiendo la rectitud del material. —A-lista —respondió, identificando la arista con una claridad que muchos de sus compañeros, más hábiles para leer el libro de texto, aún no lograban procesar.

Lo que siguió cambió el ritmo de la clase. Con solo un pequeño consejo para reforzar la base de un prisma triangular, Joel se convirtió en el constructor más rápido del salón.

Poco a poco, el ruido del 4ºB se mudó hacia la fila de atrás. Los niños que eran los primeros en terminar los ejercicios del libro de texto dejaron sus lugares y se acercaron al pupitre de Joel.

Querían ver cómo lo hacía. Vi a Mateo señalar su prisma que se le estaba yendo de lado y vi cómo buscaba con la mirada, la ayuda de Joel. Joel no dio discursos ni explicaciones difíciles. Con mucha calma, tomó los dedos de su compañero, los puso sobre la bolita de plastilina y la apretó un poco, enseñándole cuánta fuerza hacía falta para que el palito no se cayera.

Al terminar la clase, el salón se quedó vacío entre el apuro de las mochilas y los gritos que se iban perdiendo por el pasillo.

Antes de salir del aula me acerqué al lugar de Joel. Sobre su mesa de madera quedaba una figura que no venía en ningún libro de texto. Joel había ido mucho más allá de lo que le pedí, unió palitos y bolitas, ¡había construido una torre! Una torre tan alta que atrapaba la luz de la tarde. En la plastilina, todavía se notaban las huellas de sus pequeños dedos.

Miré mi libreta de reportes, esa donde anoto a los niños que van atrasados con la lectura o los que confunden las letras; decidí guardarla en mi mochila, decidí no escribir un solo renglón. Volví a ver la figura de madera que brillaba bajo el sol. Apagué la luz, cerré la puerta con llave y dejé que el trabajo de Joel se quedara ahí, quieto, adueñándose del silencio del salón.



“Empezamos por lo simple, uniendo puntos para formar cuadrados y triángulos, para luego dar el salto al vacío y elevar esas figuras hacia la tercera dimensión, creando cubos, prismas triangulares y rectangulares”

HORA DE LEER

Profra. Mercedes Calvo (El Salto, Uruguay)

Nací en Salto, Uruguay, a mediados del siglo pasado. Ya quería ser maestra. Me gustaban los libros más que las muñecas: usé de mordillo los de Proust, armé trenecitos con las obras de Tolstoi, recorté los escudos de los troyanos en La Ilíada. Cuando aprendí los leí, claro.

Después de titularme, trabajé con niños mucho tiempo, ellos me enseñaron muchas cosas. Al jubilarme tuve más tiempo para mí. Un día me presenté a un concurso de poesía para niños, me dieron un premio. Me gustó y seguí escribiendo: para niños, para grandes; poemas, cuentos, ensayos. Con mi poesía he viajado desde 2012, al estado de Oaxaca. Aquí he convivido con el magisterio y con sus estudiantes, a través de talleres de lectura/escritura.

- *¿En verdad podrás hacerlo, Luz?*

- *Claro, maestra, vaya tranquila.*

- *Disculpa que te lo pida, pero es que, si no, no llego. El ómnibus sale 15 y 15, del almacén. Si no estoy allá a esa hora, no puedo volver a casa. Y mientras, guardo la moto...*

- *Vaya, vaya que se le hace tarde.*

- *No hubiera podido aceptar este cargo si no hubiera encontrado gente tan buena. Don Zenón que me deja guardar la moto en su almacén, vos que me atendés los chiquilines...*

- *Es un ratito nomás, maestra. A María y a Carlos los viene a buscar su papá, José y Anita van a pie, viven cerca, y Carmen se va sola en el malacara (caballo). ¿Qué me cuesta entretenerlos un ratito? Ser casera en una escuela es hacer un poquito de todo. Mientras no sea enseña... Vaya, vaya...*

Luz quedó mirando la moto que se perdía en el camino polvoriento y sonrió. No, no era ningún sacrificio estos momentos con los niños. No había tenido hijos, la vida había sido dura con ella y sólo ahora, a la vejez, había encontrado en aquella escuela rural algo que le entibiaba el corazón. Un techo, claro, pero no solo eso.

La maestra, que venía todos los días desde la ciudad, conversaba con ella, le contaba cosas. Y además los niños: le gustaba cocinarles, conversar con ellos, almorzar todos juntos. Era... sí, eran su familia. Pobre maestra, haciendo malabares para llegar a tiempo, viajando en moto hasta la ruta donde pasaba el ómnibus, viajando después dos horas en él hasta llegar a su casa. La familia de ella estaba allá, se lo había contado: dos gemelos de seis años de carita pícara. Había visto fotos. Era lógico que estuviera apurada por volver cada día.

- *Luz, ¿nos leés un cuento?*

- *¡Sí, el de los caracoles, Luz!*

Luz sonrió. Si no era el de los caracoles sería el del pastorcito, eran los dos únicos libros que había. Los había traído la maestra, seguro que eran de sus hijos. La escuela recién se había formado y era pequeña, solo 5 alumnos. La maestra soñaba con verla crecer, tener más comodidades, y ¿por qué no?, una gran biblioteca. Pero por ahora...

Luz tomó el libro de manos de Carmen y se sentó bajo la sombra de la anacahuita. Los niños la rodearon, expectantes.

Ella abrió el libro y comenzó:

“En el país de Caracolandia vivía la señora Caracola con sus dos hijitos.”

Mostró los dibujos a los niños y, antes de pasar la página, los escuchó decir:

“Poseían una hermosa casita que sostenía airoosamente su mamá.”

Sí, los niños ya sabían aquel libro de memoria. Aquel libro que tenía palabras extrañas: airoosamente, por ejemplo. ¿Cómo se sostenía airoosamente algo? Ellos no habían preguntado, la maestra no lo había explicado. ¿Qué querría decir? Había otras palabras extrañas: cuando los caracoles visitaron a las abejas vieron que la miel se destilaba de los panales e iba cayendo lentamente en un platillo de nácar. ¿Destilar? ¿Y un platillo de nácar? ¿Cómo sería? Luz paladeó aquellas palabras como si realmente estuvieran cubiertas de miel.

Después apareció en el libro el escarabajo malo, y Luz supo que debía cambiar la voz: un escarabajo malo no habla igual que una mamá caracola ni de la misma manera que un caracol chiquito. A José le gustaba imitar al escarabajo y los niños se divertían mucho oyéndolo, de modo que él y Luz pusieron voz ronca y fruncieron el ceño al leer.

Estaban terminando el libro cuando llegó el papá de Carlos y María a buscarlos y, poco a poco, los demás también se fueron yendo. María los saludó desde la puerta hasta que se perdieron de vista. Luz se fue a la cocina, aprontó un mate y se sentó con el libro.

Al día siguiente, en cuanto la moto de la maestra se hubo perdido a lo lejos, Luz fue a buscar el otro libro y se sentó bajo la anacahuíta. Los niños se acercaron corriendo y ella comenzó a leer:

En lo alto de aquel monte / hay un arbolito verde.

Miró a lo lejos y lo vio: la silueta de un espinillo de ramas torcidas se destacaba en una loma, cerca de la casa de María y Carlos. ¿Cómo lo sabía el escritor? ¿Viviría por allí? Los niños escuchaban en silencio, la mirada perdida. Una música extraña parecía brotar de aquellas palabras. Siguió leyendo:

Pastor que vas / pastor que vienes / Como una sombra de oro / en el trigal te disuelves.

Después quedó en silencio, esperando. Carmen la miró y sólo dijo: - otra vez. Volvió a leer y al terminar los niños se fueron acostando en el pasto, a buscar figuras en las nubes.

Cuando se fueron Luz quedó allí, con el libro en las manos, pensativa. ¿Qué libro era aquel?, que dejaba aquella cosa rara en el alma. No era tristeza, no. Pero era algo extraño, como una caricia, tal vez, como un abrazo. Recordó que la maestra sólo había dicho que era una poesía, pero no había explicado nada más. Ella tampoco quería saber más, sólo quería quedarse así, sintiendo aquello y mirando lejos, muy lejos.

Pastor que vas, pastor que vienes...

El tercer día fue la sorpresa: Luz apareció con un libro nuevo, grande, de tapas negras. Tampoco tenía dibujos, pero los niños no lo precisaron: la voz de Luz fue contando historias distintas, tristes unas, divertidas otras, pero todas atrapantes, maravillosas. Y tarde a tarde la hora de la lectura fue afirmándose y creciendo hasta que un día la maestra, intrigada por los comentarios de los niños, quiso saber qué libro maravilloso era aquel y por qué Luz nunca le había hablado de él.

Ella se mostró turbada, bajó la vista:

-Es que había pocos libros, maestra. Y yo precisaba leer más. Yo preciso leer, maestra. Usted me entiende ¿no?

- Sí, claro, Luz; claro que te entiendo. Es importante leer, es bueno.

Pero ¿qué libro es ése que yo no conozco?

- Sí, maestra, lo conoce. Es el libro que está en su escritorio, donde usted anota los nombres de los alumnos.

- ¿El libro de matrícula? Pero Luz ¿ese libro no tiene historias, no es un libro de cuentos!

- No importa, maestra. Si las hubiese tenido yo tampoco hubiera podido leerlas. Las de los otros libros las sé de memoria, como los niños. Y éstas me las inventé. No sé leer. Y yo preciso leer. Preciso leer, maestra. Usted ¿me enseña?



*“Pastor que vas / pastor que vienes / Como una
sombra de oro / en el trigal te disuelves”*

LA CARTA

Profra. Patricia Rocío Reyes González
Escuela Primaria Xochicalco
3º A
Alcaldía Iztapalapa, Ciudad de México

Han pasado cuarenta y tres años desde que egresé de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM), como maestra de primaria. Durante todo este tiempo he convivido y aprendido con numerosos grupos de alumnos de todos los grados, de varias escuelas y por diferentes rumbos de la ciudad, particularmente, en Izapalapa. Con cada grupo he sido feliz, porque investigamos, estudiamos, conversamos, viajamos, leemos, cantamos, bailamos... vivimos. Junto con mamás, papás y colegas seguimos en la búsqueda de una escuela que recobre la alegría de aprender.

A finales de octubre del 2009, mi grupo de tercer grado de la Escuela Primaria Xochicalco, ubicada en la alcaldía Iztapalapa de la Ciudad de México, aún no recibía sus libros de texto. Yo había solicitado asesoría a la directora sobre qué hacer para que mis alumnos tuvieran sus libros.

Ella me dijo que no había necesidad de hacer nada, que la supervisora ya estaba enterada y que la indicación era esperar. La verdad es que los libros de texto gratuitos me parecen un valioso material para la lectura y el estudio en el aula.

No quise quedarme a la espera e hice varias llamadas telefónicas: al Buzón Escolar, a la Jefatura del Sector, a la Región Centro de la Dirección General de Servicios Educativos en Iztapalapa (DGSEI), a la SEP y a la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. ¡Y nada! En ningún lado me dieron alguna razón de qué hacer o a dónde ir.

Mi último recurso fue enviar una carta al “Correo ilustrado” del periódico La Jornada, en la que explicaba la situación. Afortunadamente, la carta fue publicada al día siguiente, el lunes 26 de octubre de 2009: *Aún no llegan los libros de texto gratuitos a escuelas, denuncia maestra.*

Ese mismo día de la publicación, muy temprano llegó a mi salón de clases una de las autoridades de la DGSEI a llevarme ¡hasta mi aula!, todos los libros de texto. Me pidió los nombres de las personas que atendieron mis llamadas en cada una de las oficinas. Yo no tuve el cuidado de anotarlos. Habría estado bien, sobre todo para comprobar que realmente había hablado con ellas. El señor se disculpó, me dejó los libros y se fue. Yo le agradecí y quedé muy contenta por la presencia de los libros en mi salón de clases. La verdad, no imaginé lo que vendría.

Cuando exploraba con mis alumnos los libros nuevos, llegó mi directora y me pidió que saliera del salón. Ella era una mujer serena, tranquila; pero al salir del aula, me expresó su enojo por haber enviado la carta; la habían amonestado por no haber sido ella quien resolviera la falta de los libros. Le ofrecí disculpas y le expliqué que mi intención había sido ayudar; le recordé que mi grupo no era el único al que le hacían falta los libros de texto. Ella trató de comprenderme y, no muy contenta, regresó a su oficina.

Me quedé preocupada. Regresé con mis alumnos para iniciar la lectura del primer texto del libro de Lecturas de tercer grado: “Diario de clase. 7 de septiembre de 1999” (Libro de Lecturas, Tercer grado, p. 7). En eso estaba, cuando llegó de nuevo la directora. Me comentó que la supervisora quería hablar conmigo, así que me pidió que bajara a la oficina que ocupa la dirección, que ella se encargaría del grupo en mi ausencia.

La supervisora era de un trato amable y asertivo, sin embargo, ese día se le veía intranquila, molesta. En cuanto entré a la dirección, me preguntó por qué había escrito al periódico sin consultarla. Le expliqué que di por hecho que ella estaba enterada de la carencia de los libros, que yo había hablado a las distintas instancias y que nadie me resolvía, “¡por eso escribí la carta y funcionó!”. A la supervisora no le convenció mi explicación, seguía muy molesta porque según ella, yo la había perjudicado. En ese momento me disculpé, le dije que no pensé que le provocaría problemas, sino al contrario, que estaba haciendo algo bueno.

Ella siguió preguntando una y otra vez el por qué yo había actuado así, si siempre habíamos mantenido una buena relación. Nada de lo que yo le decía, la convencía, hasta que ya molesta le dije: “Lamento mucho que usted no crea que lo único que me llevó a escribir esa carta era mi interés por resolver la falta de los libros.

Ahora, tal vez sea necesario escribir otra carta agradeciendo la pronta respuesta y denunciando la molestia que le estoy causando y el trato que estoy recibiendo”. En ese momento la supervisora cambió su tono de voz y me dijo que no era necesario, que estaba bien y que le importaba que yo también estuviera bien. Hasta ahí quedó el asunto con la supervisora.

A la semana siguiente, sin aviso y de manera extraordinaria, llegó la jefa de sector a supervisar mi trabajo en grupo. Digo de manera extraordinaria, porque era la primera vez que una jefa de sector visitaba mi aula en mis 25 años de servicio.

Recibí a la jefa de sector, tranquila y hasta contenta, porque justo en ese momento Javier, uno de mis alumnos, iniciaba la coordinación de un experimento del libro de Ciencias Naturales. (Lección 3. Filtración del agua, p. 18). Ya se habían formado los equipos y repartido el material.

Le pedí a la visitante que tomara asiento y la sesión continuó. Javier preguntaba “¿Qué creen que pase si...?”. Javier preguntaba y daba las indicaciones, yo apoyaba con alguna explicación si era necesario. Ya se imaginarán la emoción de los niños por la actividad, sus ganas por responder, por ver lo que podría pasar, por comentar en los equipos. Yo apoyaba con comentarios, satisfecha por el desenvolvimiento de los chicos. Sin más, la jefa de sector se levantó y se fue. Mientras tanto, nosotros terminamos la sesión, la evaluamos y salimos al recreo.

Aproveché para preguntar a mis compañeras cómo les había ido con la jefa de sector. Ellas no se habían enterado de la visita. Entonces fui a la dirección a preguntar qué había pasado. La directora me entregó el reporte de la supervisión: “El grupo de 3º B, a cargo de la profesora Patricia Rocío Reyes González, hablan muy fuerte, no hay control del grupo, hacen ruido y...”. ¡Todo mal!

La directora me comentó que la jefa de sector la había cuestionado sobre la entrega de los libros y de mi proceder. Coincidimos que esa visita había sido otra consecuencia de mi carta al periódico. Yo esperaba que hubiera más consecuencias, algún extrañamiento, una entrevista con la autoridad, no sé. El caso es que hasta ahí llegó el asunto.

Días más tarde, me enteré de que los libros de texto habían llegado desde el inicio del ciclo escolar a la supervisión y que no se nos habían entregado porque “había que resolver asuntos más urgentes”.

Fue entonces cuando me pregunté: ¿Cuántas veces dejamos para después o nos olvidamos de atender lo importante, todo por “resolver lo urgente”?

Han pasado 17 años de esos sucesos que he narrado. Imagino que hoy día, una carta que se publique en el periódico o en las redes sociales, denunciando la ineficiencia o el abuso de poder por parte de las autoridades educativas, no tiene las consecuencias que generaron entonces mis palabras escritas. Imagino.



*“Aún no llegan los libros de texto gratuitos a escuelas,
denuncia maestra”*

LA TAREA

Profra. Teresita del Niño Jesús Sánchez
Arizmendi
Jardín de Niños “Niños Héroes”
Valle de Chalco Solidaridad, Estado de
México

Como educadora, mi convicción profesional se fue construyendo a partir de la lectura de textos diversos sobre educación, sociología, filosofía y literatura; muchas de estas lecturas sembraron en mí el compromiso de ofrecer a las niñas y a los niños un ambiente educativo seguro, de confianza y respeto, brindándoles oportunidades para que sus voces sean escuchadas, así como despertar en ellos la curiosidad para explorar y conocer distintas historias de la vida real e imaginaria a través de la lectura y la escritura, para, entre todos, vislumbrar nuevos horizontes.

¿Qué es la tarea? Fue una pregunta que me hice desde pequeña cuando escuchaba a mi mamá decirles a mis hermanos mayores, “pónganse a hacer su tarea”. Entonces veía cómo mis hermanos dejaban de jugar conmigo, corrían por su mochila y en la mesa ponían libros, cuaderno y lápiz para disponerse a realizar lo que ellos llamaban “la tarea”. Con curiosidad me acercaba para ver lo que hacían, entonces miraba que llenaban hojas con muchos números o copiaban lecciones de sus libros; yo no entendía muy bien, solo sabía que la tarea les quitaba mucho tiempo, ¡ufff! Había días que terminaban hasta muy noche, en esos días ya no jugábamos. Pronto, muy pronto, cuando entrara a la escuela también tendría que dedicarle tiempo a la tarea.

Y así sucedió. Desde que ingresé a primero de primaria no había día de la semana que no tuviera tarea, en ocasiones tenía que escribir 20 veces las palabras que no había escrito bien, otros días escribía series numéricas, ejercicios matemáticos y todo lo que el maestro dejara. Así fue durante toda mi vida escolar, claro que las dificultades de las tareas fueron variando conforme avanzaba en cada grado escolar. No recuerdo si hacer tanta tarea me ayudó a aprender más o solo para pasar de grado, lo cierto es que no lo disfrutaba, sobre todo cuando llegaban mis amigas a jugar conmigo y yo no podía salir, pues no había terminado la tarea. Un día pensé que si yo fuera maestra no dejaría tarea, bueno eso pensé. La inocencia de la infancia a menudo nos permite construir mundos ideales donde las decisiones son simples. Esa promesa infantil, hecha desde la perspectiva de alumna, resonaba en mi mente mientras me formaba como maestra.

Convertirme en educadora fue un despertar a ese mundo complejo de la enseñanza. La teoría se topó con la práctica y mis convicciones infantiles comenzaron a tambalearse. La pedagogía me brindó herramientas, estrategias y teorías del desarrollo y aprendizaje infantil, pero ninguna me preparó del todo para las exigencias y expectativas de los padres de familia, el currículo y la realidad del aula. La idea de la tarea, que alguna vez me pareció una carga innecesaria empezó a adquirir un nuevo matiz, una posible herramienta en el proceso de aprendizaje. ¿Cómo equilibrar esta necesidad de reforzar el aprendizaje fuera del aula, con el hecho de proteger el tiempo libre de los niños? La duda me acompañó en mis primeros pasos como docente.

Cuando empecé a trabajar estaba muy contenta, pero también insegura, ni siquiera imaginaba lo que me esperaba. Apenas habían pasado los primeros días de trabajo escolar con el grupo a mi cargo, cuando una madre de familia me preguntó: “¿Cuándo va a dejar tarea a los niños?, las otras maestras sí les dejan”. Un poco consternada miré a la señora, le dije que aún necesitaba conocer más a los niños, vi que hizo una mueca y se fue; por el momento me había librado de ella y de su insistencia por la tarea.

Recuerdo que llevábamos unos días abordando el tema de las figuras geométricas básicas (círculo, cuadrado, triángulo, rectángulo). Había mostrado y explicado a los niños las características y formas de cada figura, haciendo comparaciones con algunos objetos de nuestro alrededor, clasificando y agrupando; propuse actividades en las que tuvieran la oportunidad de manipular diversos objetos y materiales, seguir contornos, modelar con plastilina y masillas hechas por ellos, pintar, buscar en revistas, recortar y dibujar.

Durante este proceso observé al grupo siempre activo, entusiasta, motivado y asombrado por los descubrimientos que hacían, al mirar con más detalle cada objeto que encontraban.

Cuando consideré que los pequeños ya habían tenido distintas experiencias de aprendizaje sobre las figuras geométricas me aventuré a dejar una tarea (creo que en ese momento olvidé la promesa que me había hecho de niña), les pedí que en casa buscaran objetos que tuvieran la forma de alguna figura geométrica y la dibujaran en su libreta.

Al día siguiente, al iniciar la nueva jornada escolar, les pedí a los niños que se organizaran en equipo para compartir su tarea, observando semejanzas y diferencias, de lo que hallaron en casa.

Apenas empezaban a sacar de su mochila su cuaderno, cuando Adrián, uno de los niños del grupo, se acercó conmigo.

- Mira maestra – me dijo - ¿sabes qué es esto?, señalando con su dedo índice una mancha en la hoja de su tarea.

-Mmm, puede ser una mancha de grasa de comida, le respondí titubeante, aunque por mi mente ya empezaban a juntarse distintas ideas de lo que podría ser aquella mancha.

-¡Mira bien! – insistió Adrián, al tiempo que acercaba más su libreta a mi cara.

-No lo sé, respondí con cierto temor de escuchar algo lamentable.

-¡Mira! – dijo Adrián, con un tono de voz alta y molesta que provocó un silencio expectante en el salón de clases. “Es una gota de sangre que me salió de la nariz, cuando mi mamá me pegó mientras hacía la tarea, me dijo que hago puras cochinadas”.

Fijé la mirada en Adrián, en sus ojos vi un brillo que terminó en lágrimas. Por un momento me paralicé, quedé atónita, no sabía qué decir, qué hacer, solo lo abracé y con voz temblorosa, que apenas lograba salir de mi garganta, alcancé a susurrarle: ¡perdóname!

Adrián, un tanto consternado por mi reacción, con su voz plena de ternura y abrazándome, dijo, “pero maestra, tú no hiciste nada, fue mi mamá quien me pegó.”

Por breves instantes quedé conmovida con ese abrazo, sin darme cuenta de que todo el grupo nos miraba, hasta que el silencio, que por algún momento imperó en el salón, fue roto por la voz de Mariana.

-Maestra, ¿te digo algo?, mi mamá también me pega cuando no hago bien la tarea.

- A mí también – dijo otro pequeño.

Al oírlos, supe que tenía que dejar a un lado lo planeado y atender la situación que en ese momento había despertado el interés de todos.

Les propuse que replegáramos las mesas a la pared y formáramos un círculo con las sillas, a modo de asamblea, para que todos nos pudiéramos ver y escuchar.

Cuando el espacio quedó organizado, cada uno se sentó en el lugar que prefirió, yo también me acomodé en una silla pequeña junto a los niños. Les dije que ese momento era para que cada uno expresara lo que vive en casa cuando hacen la tarea, que escucharíamos con atención y respeto la participación de cada compañero. Todos asintieron con la cabeza y nos miramos unos a otros sin que se oyera algún ruido, hasta que Luis dijo:

-A mí sí me gusta hacer la tarea, pero mi mamá dice que hasta que ella tenga tiempo, luego se hace de noche y yo me duermo, por eso a veces no hago la tarea.

-Mi mamá me regaña, me grita, luego me jala el cabello y lloro mucho.

-Maestra, cuando tú no dejas tarea, mi mamá me pone a hacer muchas letras y números en otro cuaderno que tengo en casa, dice ella para que aprenda más. Pero no le vayas a decir que te dije, porque se va a enojar.

-Mi mamá me chinga cuando no hago bien los dibujos.

-A mí me ayuda mi hermana que va a la secundaria, ella me enseña a dibujar y me presta sus plumas de colores para que decore mi tarea.

-Yo hago la tarea con mi abuelita, pero siempre está enojada, si me hace una pregunta y no le respondo me mete un pellizco en el brazo, que me hace gritar y llorar.

Así fueron contando sus experiencias con la tarea, algunos con más dolor y sufrimiento que otros. Me mantuve expectante, pensando en la desdicha que viven en casa las niñas y los niños por la tarea escolar y, al mismo tiempo se me estrujaba el corazón al escucharlos, a ellos también: cuando uno soltaba el llanto al compartirnos y revivir su experiencia, todos acudíamos a darle un abrazo de consuelo.

Ese día, en el aula del 3º B, se vivieron momentos de aflicción y desconsuelo, pero también aprendimos y vivimos el respeto a la escucha y el dolor de los otros, a consolarnos con un abrazo, a limpiar nuestras propias lágrimas y las de los demás, a entretejer nuestras historias de vida.

Todavía, al pasar los años, en cada ciclo escolar, aún sigo escuchando a las madres de familia expresar aquella pregunta que revive mis recuerdos y se mantiene como una sombra que se agranda y se alarga:

“Maestra, ¿qué va a dejar de tarea?”.



“pónganse a hacer su tarea”



***Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela es
una publicación de
LELE Círculo Literario de Maestr@s
Oaxaqueños***

Sus autores son profesores de educación básica
que comparten las historias de los personajes
y acontecimientos de la escuela.

Deseamos que los maestros lectores de Recreo...
sean también escritores de nuevas historias.

Recibiremos sus colaboraciones a los correos:

**lele.circuloliterario@gmail.com
gonzanic33@gmail.com**



Lele
CÍRCULO
LITERARIO
DE MAESTROS
OAXAQUEÑOS



HABITAR EL MUNDO CON EL ARTE

Diseño editorial: Emanuel Fabián Hernández
Diseño de portada e interiores · Dirección y composición editorial.
E-mail: fabianemaone@gmail.com
Móvil: 951 180 06 73

